

murmullo de las masas armadas que se movían en las calles, el galope intermitente de los caballos, el sacudimiento de las piezas de artillería en marcha, las descargas cerradas y los cañonazos cruzándose en el laberinto de París, el humo dorado de la batalla elevándose por encima de los tejados, gritos lejanos, vagos, terribles, relámpagos amenazadores por todas partes, la campana de Saint-Merry, que parecía sollozar; lo templado de la estación, el esplendor del cielo lleno de sol y de nubes, la hermosura del día y el espantoso silencio de las casas.

Ciertamente era terrible ese silencio, porque desde el día anterior las dos filas de casas de la calle de la Chanvrière se habían convertido en murallas, en murallas de aspecto feroz, y las puertas, las ventanas, los postigos, todo estaba cerrado.

En aquellos tiempos, tan distintos de los actuales, cuando llegaba la hora en que el pueblo quería derrocar una situación ó acabar con una Carta otorgada, ó con un país legal, los habitantes penetrados, digámoslo así, de motín, auxiliaban á los combatientes, y la casa fraternizaba con la fortaleza improvisada, sirviéndole de apoyo. Cuando la situación no estaba aun madura, cuando la insurrección no era consentida, cuando la masa de la vecindad rechazaba el movimiento, ¡ay entonces de los combatientes! La ciudad se convertía en desierto alrededor de los sublevados; las almas se helaban, los asilos se cerraban y la calle se trocaba en desfiladero, que ayudaba al ejército á tomar la barricada.

Por sorpresa no se hace andar á un pueblo más aprisa de lo que quiere. ¡Desgraciado del que acude á medios violentos! Un pueblo no se deja manejar. En semejantes casos la insurrección queda abandonada á sí misma y mira á los insurrectos como apestados, y la casa es una escarpa, la puerta una repulsa, la fachada un muro. Este muro vé, oye y se hace el sordo. Pudiera entreabrirse y salvaros, pero no lo hace; ese muro es un juez; os mira y os condena. Ofrecen aspecto sombrío las casas cerradas; parecen muertas y están vivas. La vida, que se encuentra allí como en suspensión, persevera. Nadie ha salido de allí hace veinticuatro horas, pero tampoco falta allí nadie; allí van, vienen, se acuestan, se levantan, viven en familia, beben, comen y tienen miedo. El miedo

escusa comportamiento tan inhospitalario, y el susto que se apodera de ellos es una circunstancia atenuante. Algunas veces el miedo se convierte en pasión y el susto se trueca en furia como la prudencia en rabia. De aquí nace esta frase tan profunda: *Esos rabiosos moderados*.

Hay resplandores de supremo espanto, de los que sale la cólera como humo lúgubre.—Qué quiere esa gente? No están nunca contentos y comprometen á los hombres pacíficos; ya estamos hartos de revoluciones. Que busquen el medio de salvarse, y si no lo encuentran, peor para ellos; suya es la culpa. Son un hato de perdidos; sobre todo no hay que abrirles la puerta.

La casa toma el aspecto de una tumba: el insurrecto que agoniza junto á la puerta vé que llegan hasta él la metralla y los sables desnudos; si grita, sabe que le escuchan, pero que no vendrán á abrirle. Vé paredes que podrían protegerle; conoce que hay allí hombres que podrían salvarle; pero esas paredes tienen oídos de carne y los hombres entrañas de piedra.

A quién acusar? A nadie y á todos. A los tiempos incompletos en que vivimos.

La utopía se transforma siempre de su cuenta y riesgo en insurrección, pasando de protesta filosófica á protesta armada, de Minerva á Palas. La utopía que se impacienta y se vuelve motín sabe lo que la espera. Lo común es que llegue con demasiada anticipación. En este caso se resigna y acepta estóicamente, en lugar del triunfo, la catástrofe. Sirve sin quejarse y hasta disculpa á los que reniegan de ella; su magnanimidad es consentir en el abandono. Es indomable contra el obstáculo é indulgente para con la gratitud.

Es ingratitud en efecto?

Sí, bajo el punto de vista del género humano; no, bajo el punto de vista del individuo.

El progreso es el modo de ser del hombre. La vida general de la especie humana se llama Progreso; el paso colectivo de la especie humana se llama Progreso. El progreso marcha; hace el gran viaje humano y terrestre hácia lo celestial y lo divino; tiene sus paradas, en las que reúne al rebaño cuando se queda atrás; tiene sus estaciones, en las que medita ante alguna tierra de Canaán espléndida que descubre de improviso en el horizonte; tiene sus noches, en las que duerme, y una de las más doloro-

sas ansiedades del pensador es ver la oscuridad en el alma humana y tocar en medio de las tinieblas al progreso dormido, sin conseguir despertarlo.

Dios está muerto tal vez, decía un amigo del que escribe estas líneas, Gerardo de Nerval, confundiendo el progreso con Dios y tomando la interrupción del movimiento por la muerte del Sér.

El que desespera hace mal. El progreso se despierta infaliblemente, y casi podría decirse que hasta dormido camina, por lo mucho que se desarrolla. Cuando se le vuelve á ver en pié, se le encuentra más alto. Estar siempre sereno no depende de él.

Qué es, pues, el progreso? Acabamos de decirlo: la vida permanente de los pueblos.

Sucede algunas veces que la vida momentánea de los individuos ofrece resistencia á la vida eterna del género humano.

Debemos confesar que el individuo tiene interés distinto y puede, sin ser culpable, trabajar en favor de su interés y defenderlo. El presente posee cantidad excusable de egoísmo; la vida momentánea tiene su derecho y no tiene obligación de sacrificarse sin cesar por el porvenir. La generación á la que toca actualmente dar la vuelta al mundo, no tiene el deber de abreviar un viaje en beneficio de otras generaciones, que son iguales á ella y cuyo turno llegará más adelante.

—Existo, murmura esa entidad que se denomina Todo; soy jóven y estoy enamorado; soy viejo y quiero descansar; soy padre de familia, trabajo, prospero, realizo buenos negocios, poseo casas, cobro dinero del Estado, tengo mujer é hijos y amo todo esto; deseo vivir; dejadme tranquilo. De todos estos motivos nace en ciertas horas profunda indiferencia hácia la magnánima vanguardia del género humano.

Por otra parte, es preciso convenir en que la utopía sale de su radiante esfera cuando apela á las armas. Siendo como es la verdad de mañana, toma prestada su regla de conducta á la mentira de ayer, que es la batalla. Siendo el porvenir, obra como si fuera pasado; siendo idea pura, se convierte en hecho de fuerza. Complica su heroísmo con cierta violencia, de la que es responsable; violencia de ocasión y de recurso, por la que fatalmente es castigada.

La utopía convertida en insurrección, combate con el antiguo código mili-

tar en la mano; fusila á los espías, ejecuta á los traidores, suprime séres vivientes y los arroja en los abismos desconocidos de la muerte. Parece que la utopía ha perdido la fé en la irradiación, que es en lo que consiste su fuerza irresistible. Maneja la espada, y como todas las espadas tienen dos filos, hiere con uno y se hiere con el otro.

Después de hacer esta salvedad, á la que el ser imparcial nos obliga, no podemos dejar de admirar, que triunfen ó que no triunfen, á los gloriosos combatientes del porvenir, á los mártires de la utopía; aunque pierdan son venerables, y quizás su majestad es mayor en este caso. La victoria, en el sentido del progreso, merece el aplauso de los pueblos, pero la derrota heroica merece su simpatía. La una es magnífica y la otra es sublime.

Para nosotros, que preferimos el martirio al triunfo, Juan Brown es más grande que Washington y Pisacana más grande que Garibaldi. Alguno debe declararse en favor de los vencidos, ya que el mundo es injusto con esos grandes ensayadores del porvenir cuando no triunfan.

Se acusa á los revolucionarios de que siembran el espanto. Se recriminan sus teorías, se recela de su objeto, se teme su segunda intención. Se les echa en rostro que elevan, construyen y acumulan contra el hecho social reinante un montón de miserias, de agravios, de iniquidades, de desesperación, y que arrancan de las hondonadas pedriscos para combatir desde ellos.

Les gritan:

—Desempedrais el infierno!

Y pudieran contestar:

—Por eso la barricada está formada de buenas intenciones.

Como quiera que sea, hasta caídos son augustos esos hombres que, en todos los puntos del universo, teniendo fija la vista en Francia, luchan por la gran obra con la inflexible lógica del ideal. Pierden gratuitamente la vida por el progreso; cumplen la voluntad de la Providencia; ejecutan un acto religioso. Son sacerdotes esos soldados que, á la hora marcada, como un actor á quien llega su turno, obedecen al director de escena divino y bajan á la tumba, aceptando ese combate sin esperanza, esa desaparición estóica, para conducir á sus espléndidas y supremas consecuencias universales el irresistible movimiento humano que empezó el 14 de Julio de 1789.

Combatir á cada intimacion y siempre que la utopia lo desea, no es propio de los pueblos.

Las naciones no tienen á todas horas el temperamento de los héroes y de los mártires. Son más positivas.

A priori la insurreccion le repugna, porque frecuentemente su resultado es una catástrofe y porque siempre su punto de partida es una estacion. Pero siempre es magnífico que el que se sacrifica se sacrifique solo por el ideal. La insurreccion es un entusiasmo. El entusiasmo puede montar en cólera, y por eso apela á las armas. Pero toda insurreccion que apunta á un gobierno ó á un régimen, pone la mira más alta. Por ejemplo: lo que combatian los jefes de la insurreccion de 1832, y particularmente los jóvenes entusiastas de la calle de la Chanvrière, no era precisamente á Luis Felipe. Todos ellos, cuando hablaban con franqueza, hacian justicia á las cualidades de aquel rey, que era el punto intermedio entre la monarquía y la revolucion: ninguno le odiaba. Pero atacaban la rama segunda del derecho divino en Luis Felipe, como habian atacado á la rama primogénita en Carlos X; y lo que querian derrocar, derribando el trono en Francia, era la usurpacion del hombre por el hombre y acabar con el privilegio en beneficio del derecho del universo.

Paris sin rey dá por repercusion el mundo sin déspotas.

Así es como ellos racionaban, y su objeto, lejano sin duda alguna, vago quizás, era, sin embargo, grande.

En efecto, se sacrificaban por uno de esos fantasmas que son casi siempre ilusiones para los sacrificados. El insurrecto embellece y poetiza la insurreccion, lanzándose á los trágicos acontecimientos, embriagándose con la falaz esperanza de triunfar. Saben que son en menor número y que tienen contra ellos todo el ejército, pero defienden el derecho, la soberanía del hombre sobre sí mismo, la justicia, la verdad, y cuando es preciso mueren como los trescientos espartanos.

No piensan en Don Quijote, sino en Leonidas.

Siguen adelante; cuando se comprometen ya no retroceden. Precipitanse de cabeza con la esperanza de victoria inaudita, de la revolucion consumada, del progreso libre, del engrandecimiento del género humano, de la emancipacion universal, y en último caso con la esperanza de las Termópilas.

Con frecuencia los combates en favor

del progreso se frustran, y ya acabamos de decir por qué.

La multitud se muestra reacia al impulso de los paladines. Las masas pesadas, las muchedumbres, que son frágiles por su mismo peso, temen las aventuras, y es algo aventurado perseguir al ideal.

Además se oponen los intereses, que son contrarios de lo ideal y de lo sentimental. Muchas veces el estómago paraliza el corazón.

La grandeza y la hermosura de Francia consiste en que cria menos vientre que los demás pueblos, y por eso se sujeta más fácilmente la cintura. Es la primera que se despierta y la última que se duerme. Marcha siempre hácia adelante y le gusta descubrir terreno.

Esto depende de que es artista.

Lo ideal no es más que el punto culminante de la lógica, así como la belleza no es más que la cima de la verdad.

Los pueblos artistas son tambien pueblos consecuentes. Amar la belleza es ver la luz. Por eso la antorcha de Europa, esto es, la civilizacion, la llevó primero Grecia, que la traspasó á Italia, y ésta la traspasó despues á Francia.

Cosa admirable! La poesia de un pueblo es el elemento de su progreso. La cantidad de civilizacion se mide por la cantidad de imaginacion. Pero un pueblo civilizador debe conservarse varonil; debe ser Corinto, no debe ser Sibaris. El que se afemina se envilece. En materia de civilizacion, no ha de buscarse el refinamiento, sino lo sublime. Con tal condicion se dá al género humano el modelo de lo ideal.

El ideal moderno tiene su tipo en el arte y su medio en la ciencia. Con el auxilio de la ciencia se realizará la vision augusta de los poetas, que es la belleza social. Al punto que ha llegado la civilizacion, lo exacto es un elemento necesario de lo espléndido, y el órgano científico, además de servir, completa el sentimiento artístico. La fantasía debe calcular. El arte, que es conquistador, debe apoyarse en la ciencia, que es la que marcha, y es muy importante la solidez de la montura. El espíritu moderno es el génio de la Grecia con el génio de la India por vehículo; es Alejandro sobre el elefante; las razas petrificadas en el dogma ó desmoralizadas por el lucro, son impropias para dirigir la civilizacion. La genuflexion ante el ídolo ó ante el oro, atrofia al músculo que anda y la voluntad que marcha. La absorcion

hierática ó comercial aminora el rádio de un pueblo, rebaja su horizonte rebajando su nivel, y le quita la inteligencia humana y divina á la vez del fin universal, que constituye á las naciones misioneras. Babilonia no tiene ideal, ni Cartago tampoco. Atenas y Roma tuvieron, y aun conservan, al través de la espesa noche de los siglos, aureola de civilizacion.

Francia posee las mismas cualidades que Grecia é Italia. Es ateniense por amor á lo bello y romana por amor á lo grande. Además es buena y se entrega sin recelo. Es propensa á la abnegacion y al sacrificio con más frecuencia que los demás pueblos. Pero esa propension tan pronto la tiene como no la tiene. Por eso están en gran peligro los que corren cuando ella quiere andar ó los que andan cuando desea estarse quieta. Francia tiene sus recaídas de materialismo, y en momentos determinados, las ideas que obstruyen su cerebro no recuerdan la grandeza francesa, y son de las dimensiones de un Missouri ó de una Carolina del Sur. El gigante representa el papel de enano. La grandiosa Francia tiene caprichos insignificantes. Los pueblos, como los astros, tienen derecho al eclipse; pero esto no importa, con tal de que su luz vuelva á brillar y el eclipse no degenera en noche. Aurora y resurreccion son sinónimos.

Hagamos constar estos hechos. La muerte en la barricada ó la tumba en el destierro, es una necesidad aceptable para el sacrificio. El verdadero nombre en el sacrificio es el desinterés. Que los abandonados se dejen abandonar, que los desterrados se dejen desterrar, y limitemonos á suplicar a los grandes pueblos que no retrocedan demasiado lejos cuando retroceden.

La materia existe, el minuto existe, el vientre existe; pero es menester que el vientre no sea la única sabiduría. Concedamos que la vida individual momentánea tenga su derecho; pero debe concedérsenos que la vida permanente tambien tenga el suyo: haber subido no impide caer; ejemplos de esto se encuentran en la historia más de los que se quieren.

Digamos algunas palabras más antes de volver á la pelea.

Batallas como la que referimos en estos momentos, no son más que convulsiones hácia lo ideal. El progreso con trabas es enfermizo, y padece esa clase de epilepsias trágicas; por eso tropeza-

mos con la guerra civil, que es esa enfermedad. Es una de las fases fatales, á la vez acto y entreacto de este drama, cuyo eje es un condenado social y cuyo verdadero título es: *El progreso*.

Este grito que lanzamos con frecuencia encierra todo nuestro pensamiento; y en el punto del drama á que hemos llegado, debiendo experimentar alguna prueba más la idea que abraza, quizá nos sea permitido, si no descorrer el velo, á lo menos dejar entrever claramente la luz.

Este libro es de un extremo á otro, en su conjunto y en sus detalles, la marcha del mal al bien, de lo injusto á lo justo, de lo falso á lo verdadero, de la noche al dia, del apetito á la conciencia, de la podredumbre á la vida, de la bestialidad al deber, del infierno al cielo, de la nada á Dios. Punto de partida: La materia. Punto de llegada: El alma. Al principio la hidra, al fin el ángel.

XXI.

Los héroes.

De repente el tambor dió la señal del ataque.

La embestida fué terrible. La noche anterior los sitiadores se acercaron en la oscuridad á la barricada cautelosamente. Entonces, á la luz del dia, en aquella calle abierta, la sorpresa era imposible de todo punto; además, la fuerza viva se habia desenmascarado, el cañon rugía y el ejército se precipitó sobre el reducto. Entonces la fúria era habilidad.

Poderosa columna de infantería de línea, que cortaba á intervalos iguales la Guardia nacional y la municipal de á pié y que se apoyaba en numerosas masas, desembocó en la calle al paso de carga, tocando tambores y clarines, con las bayonetas caladas y con los zapadores á la cabeza, y cayó sobre la barricada como el peso de una viga de bronce sobre un muro.

Pero el muro se mantuvo firme.

Los insurrectos hicieron fuego impetuosamente y la barricada ostentó una cabellera de relámpagos. El asalto fué tan furibundo, que durante un momento se vió la barricada llena de sitiadores; pero se sacudió los soldados, como el leon se sacude los perros, y solo se cubrió de combatientes como de espuma el arrecife, para reaparecer luego escarpada, negra y formidable.

La columna, teniendo que replegarse, permaneció formada en la calle al descubierta, pero con aspecto terrible, y respondió al fuego del reducto con horrosa carga de fusilería.

Todo el que ha visto fuegos artificiales recordará la manga de coetes voladores que se llama canastillo. Pues represéntese el lector ese canastillo ó ramillete, no vertical, sino horizontal, con una bala, una posta ó un casco de metralla en la punta de cada espiga de fuego, y lanzando la muerte al desmenuzarse sus racimos de rayos. La barricada estaba debajo de él.

Por ambas partes había igual resolución. Ostentaban el valor casi bárbaro mezclado con la ferocidad heroica que empieza por el sacrificio de sí mismos. Era la época en que los guardias nacionales se batían como zuavos. La tropa deseaba acabar de una vez; la insurrección quería luchar. La aceptación de la agonía en la edad juvenil y en la fuerza de la salud convierte la intrepidez en frenesí, y cada cual engrandecía su hora suprema. La calle estaba cubierta de cadáveres.

En uno de los extremos de la barricada estaba Enjolras y en el otro Mario. Enjolras se reservaba y se ponía al abrigo de las balas; tres soldados cayeron uno tras otro al pié de su almena sin haberle visto siquiera. Mario combatía al descubierta y era el blanco de los fusiles enemigos, porque más de la mitad de su cuerpo sobresalía por encima del reducto. Nadie es tan pródigo como el avaro que se entrega al despilfarro, ni nadie es tan terrible en la pelea como el hombre pensador. Mario combatía como en una batalla de sueño; parecía un fantasma disparando tiros.

Se iban agotando los cartuchos de los sitiados, pero no los sarcasmos. Se reían encontrándose envueltos en el remolino del sepulcro.

Courfeyrac estaba con la cabeza descubierta.

—¿Qué has hecho del sombrero? le preguntó Bossuet.

—Han conseguido quitármelo á cañonazos.

O se ocupaban de cosas más serias.

—¿Cómo debemos calificar, exclamaba Feuilly amargamente, á algunos jefes de ejército que ofrecieron unírseos y juraron ayudarnos, que se comprometieron bajo su palabra á ser nuestros generales y nos han abandonado!

Combeferre se limitaba á contestar, sonriendo gravemente:

—Hay hombres que observan las leyes del honor como se observan las estrellas, desde muy lejos.

Los sitiadores tenían la ventaja del número; los insurrectos la de la posición. Desde lo alto de una pared hacían fuego á boca de jarro contra los soldados, los que tropezaban con muertos y heridos, enredándose en la escarpa. Aquel reducto, construido como estaba y admirablemente apuntado, era verdaderamente una de las posiciones en las que un puñado de hombres resiste á una legión. Sin embargo, la columna de ataque reclutaba gente sin cesar, se agrandaba entre la lluvia de balas, se acercaba inexorablemente, y poco á poco, paso á paso, pero con seguridad, estrechaba la barricada.

Sucedieron los asaltos. Crecía el horror. Se entabló en la calle de la Chanvrière una lucha digna de la muralla de Troya. Los defensores de la barricada, macilentos, haraposos, cansados, sin comer y sin dormir en veinticuatro horas, quedándose poquíssimos cartuchos, heridos casi todos y chorreando sangre, se convirtieron en titanes. Atacaron y escalaron el reducto diez veces y no consiguieron tomarlo.

Allí se combatía cuerpo á cuerpo, palmo á palmo, á pistoletazos, á sablazos, á puñetazos, de lejos, de cerca, de arriba, de abajo, de todas partes: eran uno contra sesenta. La fachada de Corinto estaba casi demolida. La ventana, acribillada á metrallazos, se quedó sin vidrios y sin marcos. Habían muerto Bossuet, Feuilly, Joly y Courfeyrac. Combeferre, atravesado el pecho por tres bayonetazos en el momento de levantar á un soldado herido, solo tuvo tiempo para mirar al cielo y espirar.

Mario, combatiendo sin cesar, tenía tantas heridas, sobre todo en la cabeza, que el rostro se lo borraba la sangre y parecía que lo llevaba tapado con un pañuelo rojo.

Enjolras era el único que se conservaba ileso. Cuando no tenía armas, extendía la mano á la derecha ó á la izquierda y los insurrectos le daban una cualquiera. De cuatro espadas que blandió solo le quedaba un pedazo de una.

Homero dice: "Diomedes degüella á Axilo, hijo de Teutránide, que habitaba en la feliz Arisba; Eurialo, hijo de Memisteo, extermina á Dresos y Ofeltios, á Esopo y á Pedaso, el que la náyade

Albarbárea concibió del irrepreensible Bucolionte; Ulises derriba á Pidites de Perosa; Antíloco á Allero; Polipete á Astialo; Polidamos á Otos de Celine, y Teucro á Aretaonte. Megantino muere atravesado por la pica de Eurípides. Agamenon, rey de los héroes, aterra á Elatos, oriundo de la escarpada ciudad que baña el sonoro río Satnois."

En nuestros antiguos poemas, Esplandian ataca con una hacha de fuego al gigante marqués de Swantibore, el que se defiende apedreando al caballero con las torres que iba arrancando.

Nuestros frescos murales nos muestran á los dos duques de Bretaña y de Borbon, armados con sus escudos y arneses de guerra, á caballo y abordándose uno á otro, empuñando el hacha de combate, con máscara, botas y manoplas de hierro: el uno caparazonado de armiño y el otro gualdrapado de azul. Bretaña con el león entre los dos cuernos de la corona, y Borbon con un casco de visera que representaba monstruosa flor de lis.

Pero para estar arrogante no se necesita llevar el morrion ducal, como Ivon, ni tener en la mano una llama viva, como Esplandian, ni haber traído de Epiro una buena armadura, como Jiles; basta para eso dar la vida por una convicción ó por una lealtad.

¿Veis ese soldado sencillo que ayer era aldeano y hoy ronda con el machete al costado alrededor de las niñas en el Luxemburgo? ¿Veis ese estudiante pálido que se inclina sobre un libro ó sobre un estuche de anatomía, ese adolescente rubio que se corta las barbas con tijeras? Pues aleccionad á los dos, inspiradles el soplo del deber, ponedlos cara á cara en la encrucijada de Boucherat ó en la callejuela de Planche-Mibray; que pelee uno por su bandera y el otro por su ideal; que se imaginen los dos que combaten por la patria, que la lucha será colosal, y la sombra que proyectarán en el gran campo épico, en el que pelea la humanidad, el militarillo y el estudiantillo igualarán á la sombra que proyecta Megarionte, rey de Licia, que está llena de tigres, luchando cuerpo á cuerpo con el invencible Ajax, rival de los dioses.

XXII.

Palmo á palmo.

Quando ya no quedaron vivos más jefes que Enjolras y Mario en los

dos extremos de la barricada, cedió el centro, que tanto tiempo sostuvieron Courfeyrac, Joly, Bossuet, Feuilly y Combeferre.

El cañon, sin abrir brecha practicable, había ensanchado bastante la parte media del reducto. El borde superior de la pared desapareció, desmoronándose á impulsos de las balas, y los escombros que caían, ya interior, ya exteriormente, acabaron por formar, amontonándose á ambos lados, dos declives, uno dentro y otro fuera. El declive exterior presentaba á los sitiadores un plano inclinado.

Intentose por allí un asalto decisivo, y esta vez con éxito. La masa erizada de bayonetas, marchando al paso gimnástico, llegó con irresistible empuje, y el espeso frente de la columna de ataque apareció entre el humo en lo alto de la escarpa. Entonces no hubo ya remedio. El grupo de insurrectos que defendía el centro retrocedió desordenadamente.

Despertóse entonces en algunos el sombrío amor á la vida. Viéndose blanco de aquella selva de fusiles, no querían ya morir. Llegaban al momento en el que el instinto de la conservación lanza alaridos, y en el que el animal reaparece en el hombre. Se arrimaron á la casa de seis pisos que servía de fondo al reducto, creyendo que podía ser para ellos la salvación. Estaba atrancada y como tapiada de arriba á bajo. Antes de que la tropa de línea estuviese en el interior del reducto había tiempo para abrirse y cerrarse una puerta, y entreabrir de improviso y cerrar aquella puerta significaba la vida para aquellos desesperados, porque detrás de la casa había calles, y la fuga era posible. Golpearon con la culata de los fusiles y con el pié contra la puerta, llamando, gritando, suplicando, juntando las manos. Nadie abrió. La cabeza muerta los miraba desde la ventana del tercer piso.

Mario, Enjolras y siete ú ocho más que los seguían corrieron á protegerlos. Enjolras gritó á los soldados:

—Deteneos! Y como un oficial no obedeciese á la insinuación, Enjolras le dejó muerto en el acto. Encontrábase éste en el pequeño patio interior del reducto, respaldado en la casa de Corinto, con la espada en una mano y la carabina en la otra, habiendo abierto la puerta de la taberna, que impedía que pasaran los sitiadores. Desde allí gritó á los desesperados:

—No hay más puerta abierta que ésta.

Cubriólos con su cuerpo, y haciendo él solo cara á un batallon, les dió tiempo para que pasasen por detrás. Todos se precipitaron dentro.

Enjolras ejecutaba con la carabina, sirviéndose de ella como si fuese un baston, lo que los peritos llaman molinetes; paró los golpes de los bayonetazos alrededor y delante de sí y entró el último. Fué horrible el instante de querer penetrar los soldados y de querer cerrar los insurrectos. La puerta se cerró al fin con tal violencia, que al encajar en el quicio dejó ver cortados y pegados al dintel los cinco dedos de un soldado que se habia agarrado á ella.

Mario se quedó á la parte de fuera; una bala acababa de romperle la clavícula y se desmayó y cayó.

En aquel momento, con los ojos ya cerrados, experimentó la conmocion que le causaba una vigorosa mano que le cogia, y su desmayo le permitió apenas articular este pensamiento, en el que se mezclaba el supremo recuerdo de Co-sette:

—Caí prisionero y me fusilarán.

Enjolras, que no vió á Mario entre los que se refugiaron en la taberna, creyó tambien lo mismo, pero habian llegado ya á ese extremo en el que no le quedaba á cada uno más tiempo que para pensar en su propia suerte.

Enjolras sujetó la barra de la puerta, corrió el cerrojo, dió dos vueltas á la llave y al candado, mientras por la parte de fuera atacaban furiosamente los soldados con las culatas de los fusiles y los zapadores con sus hachas.

Empezaba el sitio de la taberna.

Los soldados estaban furiosos de cólera. La muerte del sargento de artillería los habia irritado, y sobre todo la noticia que circulaba entre ellos, pocas horas anteriores al ataque, de que los insurrectos mutilaban á los prisioneros y de que yacia en la taberna el cadáver de un soldado sin cabeza.

Cuando la puerta estuvo barreada, Enjolras dijo á los suyos:

—Vendámonos caros.

Despues se acercó á la mesa en la que estaban tendidos los cadáveres de Babeuf y de Gavroche. Debajo del paño negro se veian dos formas rectas y rígidas, una grande y otra pequeña, y las dos caras se bosquejaban con gravedad entre los pliegues del sudario. Una mano, que asomaba por debajo del paño, colgaba hácia el suelo. Era la del anciano,

Enjolras se inclinó y besó aquella mano venerable, lo mismo que el dia anterior habia besado la frente.

Estos fueron los dos únicos besos que dió en su vida.

En una palabra; la barricada luchó como una puerta de Tebas; la taberna luchó como una casa de Zaragoza. No se capitula, no se dá cuartel; se quiere morir matando.

Cuando Suchet dice:

—Capitulad.

Palafox responde:

—Despues de la guerra del cañon la del cuchillo.

Nada faltó á la toma por asalto de la taberna de Hucheloup; ni los adoquines lloviendo desde la ventana y el tejado sobre los sitiadores, ni los disparos desde la cueva y desde la buhardilla, ni el furor del ataque, ni la rabia de la defensa, ni, al fin, cuando cedió la puerta, la frenética demencia del exterminio.

Los sitiadores, al precipitarse dentro del bodegon, con los piés enredados con las tablas de la puerta rota y derribada, no encontraron ni un solo combatiente.

La escalera de caracol, cortada á hachazos, yacia en medio de la sala baja; algunos heridos acababan de espirar; los que aun vivian estaban en el piso principal, y allí, por el agujero del techo que antes sirvió de encaje á la escalera, empezó un fuego espantoso. Disparaban los insurrectos sus últimos cartuchos.

Cuando quedaron sin pólvora y sin balas aquellos formidables agonizantes, tomó cada uno de ellos dos de las botellas que reservó Enjolras é hicieron frente al enemigo con estas mazas horriblemente frágiles. Eran botellas de agua fuerte.

Referimos los hechos lúgubres de la matanza tales como son.

El sitiado echa mano de todos los recursos; pero el fuego griego no deshonorra á Arquímedes, ni la pez derretida á Bayardo.

Todos los detalles de la guerra son espantosos.

La fusilería de los sitiadores, aunque tenia que dirigirse de abajo á arriba, era mortífera. Pronto el borde del agujero del techo se vió rodeado de cabezas de muertos, del que corria la sangre en rojos y humeantes hilos. El extrépito era indecible; una nube de humo concentrado y ardiente casi oscurecia el desesperado combate. Faltan palabras para expresar su horror. No eran ya hombres los que peleaban en aquella lucha infernal.

No eran ya gigantes contra colosos; parecíase aquello más á Milton y á Dante que á Homero. Demonios atacaban y espectros resistian: aquello era el heroísmo mónstruo.

XXIII.

Orestes en ayunas y Píladés ébrio.

Al fin, subiéndose unos sobre otros, ayudándose con el esqueleto de la escalera, trepando por las paredes, asiéndose del techo, acuchillando en el borde mismo de la trampa á los últimos que resistian, unos veinte de los sitiadores, heridos y desfigurados, al verificar aquella terrible ascension, furiosos y salvajes, se precipitaron en la sala del piso principal. Solo Enjolras quedaba allí en pié. Solo, sin espada; no tenia en la mano más que el cañon de la carabina, cuya culata habia roto en las cabezas de los que iban entrando. Se situó de modo que el billar le separaba de sus enemigos, y habia retrocedido hasta un rincon de la sala; y allí, con la mirada altiva, con la cabeza erguida y aquel pedazo de arma en la mano, inspiraba aun bastante temor para que nadie se atreviera á acercarsele.

Un soldado gritó:

—Ese es el jefe. Ese es el que mató al artillero. Allí está bien para fusilarle.

—Fusiladme, contestó Enjolras.

Arrojó el trozo de carabina, cruzó los brazos y presentó el pecho.

La audacia de una muerte heroica conmueve siempre.

En cuanto Enjolras cruzó los brazos aceptando el fin á que se le destinaba, el ruido atronador de la lucha cesó en la sala y el caos se convirtió repentinamente en una especie de solemnidad sepulcral. Parecia que la amenazadora majestad de Enjolras, desarmado é inmóvil, pesaba sobre el tumulto, y que la autoridad de la tranquila mirada de aquel jóven magnífico y ensangrentado, indiferente como si fuera invulnerable, obligaba á aquella gente siniestra á matarle con respeto. Su hermosura la realizaba en aquel momento la altivez. Quizá se refriese á Enjolras el testigo que dijo luego ante el Consejo de guerra:

—Habia entre los insurrectos uno á quien ó llamar Apolo.

Un guardia nacional que le apuntaba bajó el cañon del fusil, diciendo:

TOMO II.

—Me parece que voy á fusilar una flor.

Doce hombres se formaron en el rincon opuesto al de Enjolras y montaron los fusiles. Un sargento les gritó:

—Apunten!

Entonces intervino un oficial, diciendo:

—Esperad, y dirigiéndose á Enjolras, le preguntó:

—Quereis que os venden los ojos?

—No.

—¿Habeis efectivamente muerto al sargento de artillería?

—Sí.

Hacia pocos instantes que se habia despertado Grantaire, que, como recordará el lector, dormia desde la víspera en la sala alta de la taberna sentado en una silla y recostando la parte superior del cuerpo en una mesa. El horrible filtro de aguardiente, ajeno y cerveza le habia aletargado. Como la mesa que tenia delante era pequeña y no podia servir para la barricada, no se la quitaron. Seguia en la misma postura, con el pecho doblado y la cabeza apoyada sobre el brazo, rodeada de vasos, copas y botellas. Dormia con el sueño profundo del oso entorpecido ó de la sanguijuela ya harta. Ni el fuego de los fusiles, ni el del cañon, ni el de la metralla, ni la inmensa barranda lo despertaron. De vez en cuando respondia al cañon dando un ronquido. Parecia que esperaba allí á que una bala le evitase el trabajo de despertarse. El ruido no despierta á un borracho, pero lo despierta el silencio. Esta observacion se ha hecho alguna vez. Todo lo que caia alrededor de Grantaire aumentaba su letargo, como si fuese un arrullo; pero al cesar el tumulto delante de Enjolras, el silencio produjo un sacudimiento á su pesado sueño. Este efecto se asemeja al del carruaje que vá al galope y se pára de repente, que despierta entonces al que duerme dentro.

Grantaire levantó la cabeza con sobresalto, estiró los brazos, se frotó los ojos, miró, bostezó y comprendió.

La embriaguez, cuando concluye, se parece á una cortina que se corre. Deja ver en conjunto y de una sola vez cuanto ocultaba antes. Todo acude de repente á la memoria, y el borracho, que no sabe nada de lo que ha pasado durante veinticuatro horas, en cuanto acaba de abrir los párpados se entera de todo. Las ideas le ocurren con súbita lucidez; la opacidad de la embriaguez, que era una especie de vapor que le oscurecia el cerebro, se disipa y vuelve á adquirir la

percepcion de la realidad clara y distinta.

Como Grantaire estaba retirado en un rincón y casi le tapaba la mesa de billar, los soldados no separaban la vista de Enjolras, y ya el sargento se preparaba á repetir la orden de apunten, cuando oyó de repente que aquel gritaba con voz sonora:

—Viva la República! Aquí estoy yo.

Grantaire se habia puesto en pié.

El inmenso resplandor del combate, á que él no habia asistido, apareció en la brillante mirada del borracho transfigurado. Repitiendo ¡Viva la República! atravesó la sala con paso firme y se colocó delante de los fusiles, en pié y al lado de Enjolras.

—Matadnos á los dos juntos, dijo.

Volviéndose luego á Enjolras, añadió con tierno acento:

—Me lo permites?

Enjolras le estrechó la mano sonriéndose, y antes de terminar la sonrisa sonó una detonacion.

Enjolras, atravesado por ocho tiros, se quedó arrimado contra la pared, como si las balas le hubiesen clavado allí. No hizo más que inclinar la cabeza. Grantaire cayó á sus piés como herido por un rayo.

Poco despues los soldados desalojaban á los últimos insurrectos, que se refugiaron en lo alto de la casa. Tiraban dentro del desvan, desde las vigas cruzadas. Peleaban en la misma armazon del tejado. Se arrojaban cuerpos por las ventanas, algunos todavía vivos. Dos cazadores que intentaron poner el pié en el ómnibus hecho pedazos fueron víctimas de dos tiros de carabina que les dispararon desde la buhardilla. Un hombre de blusa que precipitaron desde aquella altura con el vientre atravesado por un bayonetazo, se revolcaba en el suelo con el estertor de la agonía. Un soldado y un insurrecto resbalaban juntos por el declive del tejado, sin querer desasirse, y caian fuerte y ferozmente abrazados. Despues de tan horrible lucha tomaron completamente la barricada.

Los soldados empezaron á registrar las casas vecinas y á perseguir á los fugitivos.

XXIV.

Prisionero.

Mario cayó prisionero, efectivamente, pero prisionero de Juan Valjean.

La mano que le cogió por detrás en el momento en que cayó y en que perdió el conocimiento fué la mano del señor Blanco.

Juan Valjean no hizo en el combate más que exponer la vida; fué el único que pensó en los heridos en aquella fase suprema de la agonía; fué como una Providencia en todas partes; durante la matanza, levantaba á los que caian, los trasladaba á la sala baja y los curaba. En los intervalos reparaba la barricada. Pero su mano no dió ni un golpe ni un ataque. Callaba y socorria. Apenas tenia algunos rasguños. Las balas le habian respetado. Si el suicidio entró en algo en su propósito al dirigirse á aquella tumba, el éxito no le habia favorecido, pero dudamos que hubiese abrigado el pensamiento irreligioso del suicidio.

Juan Valjean, en medio de la densa niebla del combate, aparentaba no ver á Mario, pero no lo perdía de vista. Cuando el último balazo le echó al suelo sin conocimiento, Juan Valjean saltó con la agilidad del tigre, se arrojó sobre él como sobre una presa y se lo llevó.

El torbellino del ataque estaba en aquel instante tan violentamente concentrado en Enjolras y en la puerta de la taberna, que nadie vió á Juan Valjean sostener en sus brazos á Mario desvanecido, atravesar el suelo desempedrado de la barricada y desaparecer detrás del ángulo de la casa de Corinto.

El lector recordará este ángulo, que formaba una especie de cabo de calle y protegía contra las balas y la metralla algunos piés cuadrados de terreno. Hay á veces en los incendios una habitacion que no arde y en los mares más alborotados, detrás de un promontorio ó al final de una série de escollos, un rincón tranquilo. En esa especie de repliegue del trapecio interior de la barricada habia agonizado Eponina. Allí se detuvo Juan Valjean; dejó en el suelo á Mario, se respaldó contra la pared y miró á su alrededor.

Su situacion era desesperada.

Por un momento, quizá durante cuatro ó cinco minutos, pudiera servirle de abrigo aquel lienzo de pared; pero, ¿cómo poder salir de allí y librarse de la matanza? Se acordaba con angustia de los riesgos que corrió ocho años atrás en la calle de Polonceau y cómo consiguió librarse de ellos; pero si entonces fué difícil, ahora le parecia imposible. Tenia delante la casa sorda é implacable de

seis pisos, que solo parecia habitarla el hombre muerto del ventanillo; tenia á la derecha la barricada bastante baja que cerraba la Petite-Truanderie; y aunque no ofrecia gran dificultad salvar este obstáculo, veia por encima del parapeto una fila de puntas de bayonetas; las de la tropa de línea, que estaba situada en acecho al otro lado de la barricada. Atravesar el parapeto equivalia á ir á buscar una descarga cerrada, porque el hombre que se atreviera á aparecer en lo alto de la pared de adoquines, serviria de blanco á sesenta tiros de fusil. A la izquierda estaba el campo de combate. Salir por allí era ir á la muerte.

Juan Valjean no sabia qué hacer. Era preciso, sin embargo, tomar un partido, hallar un recurso, adoptar una resolucion. A pocos pasos de allí estaban peleando; los combatientes se encarnizaban en un punto único, en la puerta de la taberna; pero si le ocurría á un soldado dar la vuelta á la casa ó atacarla por el flanco, todo habria concluido.

Juan Valjean miró la casa de enfrente, luego la barricada de la derecha y despues el suelo, con la violencia de la angustia suprema, desesperado y como si hubiese querido abrir en él un agujero con los ojos. A fuerza de mirar, bosquejóse y llegó á tener forma ante él una cosa vagamente perceptible, como si la vista tuviera poder para hacer brotar el objeto que deseaba. Vió á pocos pasos, al pié del parapeto, que con rigor vigilaban por la parte de fuera, bajo un hundimiento de adoquines y medio oculta, una reja de hierro colocada de plano y al nivel del piso; esta reja, compuesta de barrotes transversales, tenia unos dos piés cuadrados. Habian arrancado el marco de adoquines que la sostenia y estaba como desencajada. Al través de los barrotes se entreveia una abertura oscura, parecida al cañón de una chimenea ó al brocal de una cisterna. Abalanzóse á ella Juan Valjean. Su antigua ciencia de las evasiones le iluminó el cerebro con repentina claridad. Apartó los adoquines, levantó la reja, se cargó á cuestras á Mario, inerte como cuerpo muerto; bajó con esta carga, sirviéndose de los codos y de las rodillas, aquella especie de pozo, felizmente poco profundo; volvió á dejar caer la pesada trampa de hierro y asentó el pié en una superficie embaldosada, con la nerviosidad del delirio, con la fuerza de un gigante y con la rapidez de una águila. En todo esto empleó solo unos cuantos minutos.

Encontróse Juan Valjean con Mario, que seguia desmayado, en una especie de corredor largo y subterráneo. Reinaba en él paz profunda, oscuridad completa, silencio absoluto. Entonces recordó la impresion que habia experimentado en otro tiempo, cuando desde la calle cayó dentro del convento. Pero no llevaba consigo á Cosette entonces, sino á Mario.

Oia confusamente encima de él vago murmullo; era el formidable tumulto de la taberna tomada por asalto.

LIBRO SEGUNDO.

El intestino del Leviatán.

I.

La tierra empobrecida por el mar.

Paris arroja anualmente veinticinco millones al agua. No hablamos en estilo metafórico. ¿Cómo y de qué manera? Dia y noche. Con qué objeto? Con ninguno. Con qué idea? Sin pensar en ello. Para qué? Para nada. ¿Por medio de qué órgano? Por medio de su intestino. Cuál es su intestino? La alcantarilla.

Veinticinco millones: tal es el más moderado de los guarismos aproximativos que dan los cálculos de la ciencia especial.

La ciencia, despues de andar á tientas durante mucho tiempo, sabe ya que el más fecundo y eficaz de los abonos es el humano. Los chinos, y lo decimos para nuestra vergüenza, lo sabian antes que nosotros. Ningun labrador chino (así lo dice Echeberg) vuelve de la ciudad sin llevar en los dos extremos de su bambú dos cubos llenos de lo que nosotros llamamos inmundicias. Merced al abono humano, la tierra está aun en la China tan jóven como en los tiempos de Abraham. El trigo chino dá hasta ciento veintiocho granos por uno. No hay guano comparable en fertilidad al detritus de una capital. Una gran ciudad es el mejor de los estercoleros. Emplear la ciudad en abonar la llanura seria asegurar un éxito infalible. Si nuestro oro es estiércol, en cambio nuestro estiércol es oro.

Qué se hace del estiércol? Se le arroja al abismo.